

la otra la capa, no solo se reparava de las flechas, sino que impedia, que ofendieffen à sus Soldados.

Nadie estrañará, que el Apostol Santiago se dexasse vér, aterrando Barbaros, y focorriendo à los Catholicos, desde que lo executó assi con una aparicion gloriosa en la celebre batalla de Clavijo: en esta no se sabe, si fué apariencia, ò realidad, ò ficcion: en todo caso no puede negarse haver sido tan superior à las fuerzas humanas esta Victoria, que todos à una voz la llamaron maravillosa. Y puede verdaderamente assegurarse, que aunque suele regularmente abultar los sucessos la pluma, à lo que passó en esta Conquista, no es facil, que lleguen aun los mayores encarecimientos; porque quien no reconocerá la mano de Dios, y tendrá por mas que ordinario favor de sus altas providencias, que solos setenta, y cinco hombres se atrevieffen à combatir con una tan grande multitud de Barbaros, que sobre lograr las ventajas del terreno, por estar atrincheros, y ser dueños de la eminencia, peleavan con flechas disparadas de sus arcos, con guijarros despedidos de sus hondas, y con peñascos de tanta corpulencia, que bastavan à destrozár en menudas piezas los robles, y las otras peñas, en que chocavan? Que penetrasen una montaña inaccesible à la mayor osadía, y solo superable con una singular maravilla? Que de los setenta, y cinco, que la subieron ninguno muriese, y solo salieffen heridos, un Soldado Español, y seis, ò siete Indios amigos? Y finalmente, que aunque en dos se calificaron tan mortales las heridas, que fué preciso disponerles luego con los Sacramentos, sin otra medicina, que un poco de vino, y una raíz de julimes comenzassen luego à mejorar, restituyendoseles en breves dias la salud? Fuerza es, que confiesse, especialmente los que han visto estas montañas, que se devió este tan maravilloso triumpho al poderoso brazo del Señor, y al soberano patrocinio de su Santissima Madre.

CA-

CAPITULO XIX.

PONESE FUEGO À LOS ADORATORIOS de los Idolos: erigese el primer Templo, aunque pequeño, à la Santissima Trinidad, y comienzan à convertirse los Nayeres.

Legó el dia diez, y siete por la mañana el Señor Gobernador à la Mesa; y encontrandose en lugar de los enemigos con el Capitán Don Nicolás Escobedo, y sus Tropas, añadió tanto fuego à los bochorros, que la noche antes le causó la luminaria, que segun lo pactado havia mandado encender aquel Cavallero, y advirtieron desde la cumbre, donde havian hecho alto, para abanzar el dia siguiente, que montando en colera metió mano à las armas, para castigarle el haver contravenido à sus ordenes; y aunque pudo encontrar mas pronta respuesta en su valor, y resolucion aquel tan esforzado animoso Capitán, quiso sin embargo antes satisfacerle prudente con lo que havian acordado en secreto, y asegurandole, que lo que su Señoría le havia dicho como por irrision, y donaire, lo havia tomado mui de veras su valor, acostumbrado à cumplir siempre lo que ofrecia: todo esto apoyado con la interposicion del Padre Antonio Arias, y de los Subalternos apagó el fuego, que ya ardia, y huviera aumentado al menor soplo sus activas llamas de manera, que passára à ser incendio tan funesto, que impidiera los progressos de tan importante Conquista. Apaciguados ya los Gefes, y los que como parciales defendian sus causas, y dadas las gracias à Dios nuestro Señor por tan singulares beneficios, reconociendo, que aunque estava ya ganada la Mesa, andavan aun fugitivos los Nayeres, y que im-
por-

portava mucho fofregarles, para embarazar, que bolviendose à unir, no se rehiziesfen para nuevo combate, dispuso el Señor Governador, que marchassen en seguimiento de los Barbaros cien hombres entre Soldados, y Flecheros todos à pié, por no permitir Cavalleria las estrechas pendientes laderas del terreno.

Salió la Tropa, y mientras seguia su rumbo, los otros se ocupavan en recoger los despojos de viveres, ganado, mulada, y Cavallada, que havia abandonado el enemigo: entre las cosas, que tomaron, se halló aun con señas de no haverlo usado el vestido, y demás alhajas, que dió en Mexico el Señor Marqués de Valéro al *Tonati*. Subieron el Padre, y el Señor Governador con quatro Soldados, que les acompañavan, el mismo dia à registrar los inmediatos Templos, è infames Adoratorios de los Idolos, que estavan en un cerro tan cercano, y casi contiguo à la Mesa, que les sirve esta como de bassa: era la subida mui aspera, y tan peligrosa, que fué menester subirlo mas à pié: en el primer Templo, que hallaron, se guardavan los huesfos de Nayerit con todos aquellos adornos, que se dixo ya en el capitulo segundo de esta Historia: alli cerca havia otros Adoratorios de Idolos de inferior esfera: mas arriba estava el gran Templo del Sol; y por ignorarse entonces, que los Idolatras huviesfen sacado dél à su tan venerada Deidad, que llamavan *el Gran Dios*, para que aun en caso de quedar Padres, y Soldados, pudieran en lugar oculto fabricarle algun Templo, creyó aquel zeloso Jesuíta, que adoravan à una piedra jaspeada, que se halló alli, en que se veía esculpida la imagen de aquel luminoso Astro: con esta persuasión la sacaron con dos pichelos, uno de plata, y otro de estaño, en que le ofrecian sangre de Venados, ò de los Guainamotecos, que matavan, para remitirlo à Mexico con los huesfos de Nayerit: metieron fuego, assi à su Templo,

plo, como al del Sol, y otros, que alli havia, causando en los que quedavan para resguardo del Real en la Mesa, y en los que estavan en Peyotan, à donde llegó aquel dia el Padre Juan Tellez, especial alborozo la vista de aquellas humaredas, como que ya adivinavan, que en estas ruínas se havian de erigir Templos, en que se honrassé, y adorassé con los mas Christianos sinceros cultos al verdadero Dios en desagravio de los que alli se havian ofrecido hasta entonces al Demonio.

Luego que vieron derribado, y reducido à cenizas aquel Throno, en que tan infamemente por tantos siglos havian sido veneradas tan falsas, y mentidas Deidades, dispusieron Iglesia en un Xacal, ò Templo pajizo, aunque pequeño, mas engrandecido con la Magestad, que le llenava, dedicandole à la Augustissima Trinidad: el dia siguiente diez, y ocho de Enero dixo alli Missa el Padre Antonio Arias, celebrandola con la mayor solemnidad possible. Agradóse tanto Dios de estos tan devidos obsequios, que quiso casi al mismo tiempo, que se le ofrecia en la Mesa aquel Santo Sacrificio, que alcanzáran los Soldados, que havian marchado el dia antecedente, à ciento, y quatro Personas las mas de las Rancherias del Indio Alonso, y con ellas à una Española, que era su muger, y oy vive en el Pueblo de Jesus, Maria, y Joseph, sin la menor resistencia, ni haver sido menester otra diligencia, que disparar al aire algunos tiros.

Luego que el Governador tuvo aviso de que llegava à la Mesa aquella gente, mandó, que se formáran en frente del Quartel la Soldadesca, y que al passar por alli, se recibiera con carga cerrada: executóse el orden, y al oír el estruendo de tan multiplicados disparos, muchos de los Indios cayeron en tierra, otros hizieron el ademán de querer huír, y lo huvieran executado, si la sogá, con que venian atados, no lo hu-

huviera impedido. Al bolver del susto, fueron conducidos à la presencia del Señor Governador, quien con toda su Compañia fué à presentarseles al Padre; y para que aprendiessen à reverenciar à los Missioneros, el primero, que se hincó de rodillas, para besarle la mano, fué su Señoría, à cuyo exemplo hizieron lo mismo todos los Cabos principales, y Soldados: despues llegaron los Indios de uno en uno, y aquel Apostolico Varon les recibia en sus brazos, estrechadoselos al pecho: accion, que con las especiales muestras de cariño, con que les habló, y con los regalos, que les dió, bastó para sosegarles, y para que les bolviera el color antiguo, que el susto les havia robado.

El haverse escapado el Indio Alonso, por ser tan malevolo, que solo caminava por los extravios de sus astucias, y rebeldía, puso en grande consternacion al Señor Governador, mas templó el sentimiento, que los de la Mesa del Cangrejo no huyeron, viendo ya ganada la del *Tonati*, y que ardian en vivas llamas los Templos de sus Dioses: enviaron por Embaxador à un hijo del Cazique Don Joseph, ofreciendo en nombre de todos una flecha, prometiendo, que el dia siguiente passarian à dar la obediencia, y significando, que estaban prontos à congregarse en Pueblo, para ser instruidos en la Ley Evangelica. Despachó su Señoría bien agafajado al que vino con la embaxada, y el dia siguiente acudieron puntuales los Caziques con la mayor parte de su gente, y con la de Don Pedro, que se mantenía preso en Peyotan: dieron la obediencia, y despedidos del Governador se restituyeron à sus casas.

Bien manifestaron la sinceridad de sus propuestas, bolviendo à los tres dias dos de ellos à suplicar al Missionero, que passasse à bautizar à una anciana, que estava ya moribunda, mas previniendole, que havia de ir à pié, porque havian de passár por un atajo, por

don-

donde no se pudiera à cavallo. Voló luego aquel zeloso Jesuita, assi porque ya comenzava à lograr el fin de su venida à estas Serranías, como tambien para que vieran los Indios, que todos sus deseos eran el bien, y consuelo de sus almas; sin detenerse à tomar alimento alguno, como le instavan, por ser ya las diez del dia, salió acompañado de dos Soldados: encontró en el camino, que no es mas, que una baxada, y una subida, tantos precipicios, que si Dios no le favoreciera con especiales maravillas, se huviera sin duda despeñado, y perecido: fuéle necessario muchas vezes, ya baxar, ya subir arrastrando por las peñas: assi llegó por ultimo con la fatiga, que se puede facilmente discurrir, al ponerse el Sol; mas olvidó todos sus trabajos con el consuelo, que tuvo, viendo la buena disposicion de la enferma, que bien instruída recibió el santo Bautismo: al otro dia con la alegria de haver amanecido mejor la enferma, que todos imaginavan, que moriria aquella noche, se restituyó al Real por otro camino mas largo, pero menos peligroso; y al tercero se supo, que havia ya sanado: noticia, que celebrò mucho el Padre por el temor de que cobrassen, si muriessen los primeros bautizados, todos aquellos Barbaros horror à los santos Sacramentos. Mas la brevedad, con que esta recibió la salud, con la que todos vieron, y admiraron en otra enferma, les llenó de pasmo, y de aprecio de la Religion Christiana.

Enfermó en la Mesa del *Tonati* una hija del Indio Don Alonso: mandó le llamáran al Missionero, y aunque acudió prontamente la halló tan à los ultimos, que solo se dexava reconocer, que estava viva por los lentos, y debiles latidos del pulso, y por una, ò otra palabra, que apenas con gran trabajo articulava, sin acabarla de pronunciar: adminístróle el santo Bautismo, que antes havia deseado, y pedido à sus Parientes; y el dia siguiente se halló tan del to-

X 2

do

do sana, y tan robusta, que solicitó, y obtuvo licencia, para passar à la Mesa del Cangrejo à visitar à los suyos, como lo executó con admiracion de todos, especialmente de su marido, que pidió luego el santo Bautismo, y siendo bien instruido, se le administró, casandose poco despues *in facie Ecclesie*.

No tardó mucho el Señor Governador en ir con el Padre à pagar à los del Cangrejo la visita, que les havian hecho: recibieronles con todas las muestras de cariño, que les permitia su pobreza: reiteraron la obediencia, que dieron al Rey nuestro Señor, y besaron todos al Padre la mano con gran respeto: manifestaron de nuevo sus deseos de congregarse en Pueblo, y de fabricar Iglesia, y Casa para el Padre, que les administrasse. Dexó el Governador à su arbitrio la eleccion del sitio, y escogieron el que ocupa ahora el Pueblo de Jesus, Maria, y Joseph; porque aunque por la pension del calor excessivo era poco apetecible, con todo el estar en la ribera del rio, y cercano à sus huertas le hazia para sus interesses muy acomodado. Pidieron tambien, que les pusiesen en libertad los prissioneros, que estaban en Peyotan, y los que se havian enviado à Zacatécas: se condescendió à sus suplicas, bolviendola à todos, menos al Portero Nicolás Melchor, por haver ya muerto en su carcel muy reconocido, bien instruido, y dispuesto por el Padre Alonso Garcia Ramon, que havia sido Cathedratico de lengua en la Ciudad de Durango, y se hallava entonces en el Colegio, que tiene en aquella Ciudad la Compania.

Passó à esse mismo tiempo à Quaimaruzi el Cazique Don Domingo de Luna con encargo de quedar en aquel parage con la gente de su Rancheria, agregandosele los que dominados aun del temor se mantenian alli ocultos en los barrancos cercanos, abrigandose en las quiebras de los peñascos. El efecto mostró con el feliz logro del intento el acierto de esta

di-

diligencia; porque muchos, depuesto el miedo, fallieron de sus escondrijos; y visitando poco despues à Quaimaruzi el Governador, los que ya estaban juntos, y otros, que iban llegando, dieron de nuevo la obediencia. Se comenzó à fundar aqui el nuevo Pueblo de Santa Theresa, concurriendo algunos de los Laguneros, à quienes dió este nombre una hermosa Laguna, que tienen cerca de sus Rancherias: está vallada de rasgadas peñas, sin permitir mas, que una escasa entrada en su orilla: recogense en ella, como en una pila las aguas de varios arroyos de la Sierra, y à largo trecho por secretos conductos sale tan caudaloso manantial de aguas, que forma el hermoso rio de Santiago, que viene à incorporarse cerca de Quaxata con el otro grande del Nayar, que es el de Jesus, Maria, y Joseph: estos Indios fueron siempre los menos fieles, y los mas belicosos.

Luego que el Señor Governador les dexó sossegados, se restituyó al Pueblo de la Santissima Trinidad, y dispuso que el Sargento Don Alvaro Sanchez Serrada, y otro Soldado passassen à Mexico à dar al Excelentissimo Señor Marqués de Valero las alegres nuevas de la Victoria, y juntamente el alfanje del valiente Tahuitole, la piedra, que hallaron en el Adoratorio del Sol, y el Cadaver de Nayerit con algunos de sus adornos, que se reservaron del incendio, para que en aquella Corte se entregáran à las llamas, y diessen assi mas luz al desengaño. El Señor Virrey, luego que llegó el Sargento, y le entregó con las cartas los despojos de la Victoria, tuvo Junta de guerra, y de hacienda, conformóse con el parecer, y voto consultivo, y habiendo resuelto conferir, como lo practicó, al Governador Don Juan Flores el Título de Teniente de Capitan General, determinó, que los despojos se entregassen, como se hizo, con despacho de ruego, y encargo al Ilustrissimo Señor Doctor Don Juan Ignacio de Castorena, y Ursua, que

falle-

falleció mucho despues Obispo dignissimo de Yucatan; honra, que le merecieron sus realizadas prendas: entonces era Dignidad de la Metropolitana de Mexico, Calificador del Santo Oficio de aquella Corte, Provisor, y Vicario General de los Indios en este grande Arzobispado.

Aunque su Ilustrissima recibió el despacho, ò fuese por interponerse otros negocios de mayor peso, que pedian mas pronta expedicion; ò para que se executasse la sentencia el mismo dia, que la de otros reos, cuyas causas estaban pendientes, se dilató hasta el dia treinta, y uno de Enero del año de 1723: executóse el siguiente, primero de Febrero, llevando entre los reos, que se havian condenado à azotes por sus delitos, en hombros de Indios al Idolo del Sol, y los hueffos del Nayerit con todo lo que se remitió de esta Provincia, à la Plaza de San Diego, en donde estava el brafero; y à vista de innumerable gente se quemó todo, disponiendo Dios, que assi como la Cedula Real, que mas acaloró esta Conquista se expidió, y firmó el dia treinta, y uno de Julio del año de nueve, en que celebra la Santa Iglesia à nuestro glorioso Padre San Ignacio, se reduxesse à cenizas el Idolo del Nayar el dia de San Ignacio Obispo, y Martyr tan fino Jesuíta, ò tan Jesuíta de corazon, que despues de muerto se le halló escrito en él con letras de oro el Sagrado Nombre de Jesus, como refiere San Antonino; y parece que aun con estas, que pudieron discurrirse casualidades, quiso la Divina providencia mostrar, que destinava, y señalava para esta gloriosa empresa à unos Missioneros, que fuesen, no comoquiera Jesuítas, sino tambien hijos del grande Patriarca San Ignacio.

* * * * *
* * * * *

CA-

CAPITULO XX.

PENETRAN NUESTROS SOLDADOS LOS barrancos en seguimiento de los fugitivos; reducenfe muchos Nayeres, amotinanse los de Quaimaruzi, y soffiegalos con una casualidad el Cielo.

Como la toma de la Mesa se consiguió con tanta felicidad à expensas de las maravillas, con que el Cielo socorrió à los Nuestrros, llenó à los Nayeres de admiracion, y agitados de un terror panico se dividieron, unos por la parte del Sur, y otros por la de Poniente, para defenderse, ò en los barrancos, ò en los Pueblos fronterizos, fiados en la amistad antigua, que con ellos professavan. Mas el Señor Governador, que deseava, ò congregalles antes, que se entibiaffe el calor de la Victoria, y se resfriassen los brios de los Soldados, ò à lo menos haver à las manos al *Tonati*, cuya buena indole assegurava su reduccion, y con su exemplo la de los otros, ò coger al Viejo Don Alonso, cuyo natural protervo, y terca obstinacion mantenía rebeldes à los mas de aquellos Barbaros, determinó salir, y no restituírse al Real hasta haver registrado todos los barrancos de la Sierra, y sacado de sus grutas à los Nayeres.

Executólo assi el dia dos de Febrero con la mayor parte de la gente, aunque luego se dividieron, marchando su Señoría con los Capitanes Don Luis de Aumada, y Don Christoval del Muro con el Alferes Don Nicolás García, y con numero considerable de Soldados Españoles, y de Indios ázia el Poniente, y por la parte del Sur las Esquadras, que parecieron necessarias baxo el mando del Capitán Don Nicolás